

Transformación urbana

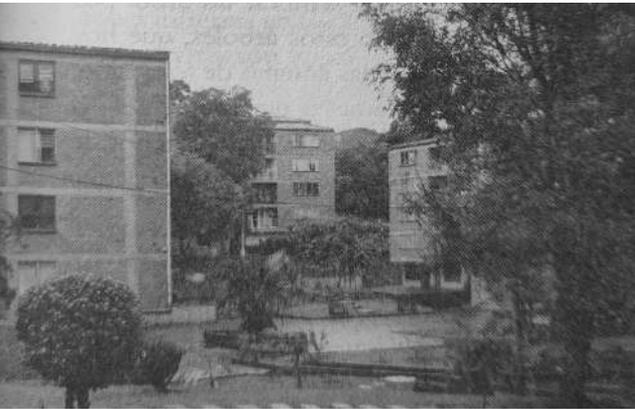
Un barrio con alma

Una crónica por Patricia Nieto

En 25 años el Carlos E., en el corazón de Medellín, de ser un barrio “de segunda” pasó a ser un vivero envidiado y apetecido

A las cinco de la mañana, las duchas del barrio Carlos E. Restrepo se disparan como si los despertadores de 576 apartamentos estuvieran sincronizados para sonar al mismo tiempo. El jabón resbala por los cuerpos de muchachos y señores metidos en cuartos de baño donde el vapor empaña los espejos. Y mientras las toallas se deslizan por espaldas y pechos, las cafeteras aúllan y las tajadas de pan saltan de las tostadoras.

Antes de las seis comienza el desfile de muchachos pelilargos que soportan sobre la espalda el peso de morrales repletos, de señores de abdomen ancho que aseguran su corbata y limpian los espejuelos, de señoras perfumadas que se trepan a los taxis, y de niñas de colegio que, aún de madrugada, parlotean con vocecitas estridentes.



Con la gente atravesando aceras y jardines, comienza el día en las calles del Carlos E. Restrepo, uno de los barrios más singulares de esta ciudad porque creció donde a nadie le gustaba vivir, porque fue habitado por quienes no estaban inicialmente invitados, y porque de odiado y criticado se convirtió en envidiado y apetecido. Mientras que unos salen del Carlos E., otros entran o simplemente pasan o simplemente se quedan. Entran, como hormigas, las empleadas domésticas

El maracuyá es derivado del petróleo

que caminan, casi todas desde la Iguaná, en un desfile alegre que entra por Colombia o por la calle 57. Entra José Raigoza, el zapatero oficial del Carlos E., experto, por exceso de demanda, en reparar zapatos de mujer. También llega Miguel Ángel Vanegas, dueño de la legumbrería del barrio desde hace 20 años, quien lleva un libro de fiados bien abultado. También en la mañana instala su puesto de frutas Marcos, *el burro*, el frutero del Carlos E., desde hace más de ocho años. Y un poco más tarde aparece *el pelirrojo*, el menos madrugador de los visitantes, quien colonizó el parqueadero como lugar de trabajo desde hace diez años.

Por Carlos E. –un conjunto de 72 bloques de apartamentos que se opuso rotundamente a protegerse con mallas y alambre de púas de la cruel ciudad que crece por fuera de sus dominios– pasan cientos cada día. Estudiantes de la Universidad Nacional, que queda a un paso, lectores de la Biblioteca Pública Piloto parada ahí mismo, asiduos del Museo de Arte Moderno y de su teatro, empleadas del Éxito que cogen por ese peatonal, por ese camellón, construido paso entre paso.

La mayoría de los que se quedan en Carlos E., son de otra índole. Tienen sus casas en las copas de las decenas de mangos, nísperos, naranjos, aguacates, palmas, pencas, guayabos, guayacanes, eucaliptos y urapanes sembrados hace 25 años por los primeros habitantes que bien podrían llamarse colonizadores de tierras inhóspitas y lejanas.

Al reconocer el terreno, los recién llegados decidieron sembrar un árbol por cada nuevo vecino como bandera de propiedad. Y es en estos árboles, que hoy extienden sus ramas sobre los techos y aún más arriba de las antenas de televisión, donde viven búhos, colibríes, petirrojos, tórtolas y guacamayas que saludan el día con una algarabía que se mete, como si viniera de alguna lejanía, en los sueños de quienes un poco después son despertados por un reloj que anuncia las cinco y que una hora después caminan acelerados y con los cabellos empapados.

En Carlos E., también se quedan otros encargados de cuidar a los demás. Cinco jardineros pasan el día podando, fumigando, sembrando y regando el jardín comunitario más grande de Medellín; otras cinco personas pasan las horas con herramientas en la mano dispuestas a solucionar aquella fuga de agua, aquella llave partida, aquel vidrio quebrado, aquel lavamanos tapado, aquella tina fundida, y todos aquellos imperfectos que atacan a más de quinientas familias todos los días. Y también se quedan cuarenta hombres, repartidos en tres turnos, para garan-

tizar la seguridad de los 2.304 habitantes que tiene hoy Carlos E. Restrepo, una urbanización que a duras penas habitaron en 1971.

Todavía en aquel año, más de media Medellín hablaba de Otrabanda, allí donde el Instituto de Crédito Territorial construía los primeros bloques de apartamentos de Medellín, como un terreno cenagoso y malsano donde lo único que podía prosperar era el paludismo. Quienes viajaron hasta el lugar de la obra lo recuerdan como una manga pantanosa, cercada por tugurios y prostíbulos de mala muerte, y vecina de algunas finquitas lecheras.

Para toda Medellín, incluso para los obreros a quienes estaba destinada la obra, Carlos E. era un gran desacierto pese a que hacía parte de un plan urbanístico –que incluía la ampliación del estadio y la construcción de la piscina olímpica– para recuperar la orilla occidental del río, ocupada por invasores.

Pasaron muchos meses mientras crecían los edificios más horrorosos de Medellín, como decía la crítica. En cada edificio, que por primera vez en Medellín se dejaba en adobe a la vista, había cuatro pisos; en cada piso, dos apartamentos; en cada apartamento, un *hall* de acceso, una sala, un comedor, cuatro alcobas, dos baños, una cocina, una zona de ropas, y un balcón.

Y pasaron muchos meses antes de que llegaran los trasteos de los primeros vecinos. No llegaron familias de clase media y media-baja como quería el Instituto, sino profesores universitarios jóvenes, recién casados y cargados con cajas llenas de libros, artistas que comenzaban una vida solos y que todavía colgaban sus cuadros en sus propias salas, y profesionales que cumplían escasos dos años en alguna compañía. Fueron ellos los únicos que se arriesgaron a colonizar esas tierras malsanas y lo hicieron. Cuando derrotaron por fin las nubes de zancudos pudieron otra vez pensar. Y fueron ellos, los vecinos, quienes transformaron aquel infierno en un paraíso en medio de la ciudad.

Convertieron aquel pantanero nauseabundo en uno de los pulmones de Medellín. Junto con árboles y pájaros viven allí gusanos de todas las especies; ardillas; lagartijas; gatos por montones y, por supuesto, ni una rata; tres perros callejeros; *Salchicha*, la perra más famosa entre los perros de la calle Colombia; hay un hormiguero a cada paso, y tres caballitos flacos que se recuperan en ese jardín de las extensas jornadas tirando carretas.

Dicen que cuando cae la noche un hombre de La Iguaná recoge los “táparos” y se los lleva a dormir dentro de su propia casa.

Construir y defender ese bosque, donde igual se levantan árboles que edificios, ha costado lágrimas y sudor. Hace tres años, cuando el gobierno de Medellín buscaba un lugar para construir el relleno sanitario, los técnicos de Empresas Públicas señalaron un sitio ideal: el cerro El Volador. Esa fue una noticia tan terrible para Carlos E., que sus habitantes se tomaron, todos los días a las 12 y durante varias semanas, la calle Colombia. Además subían tres veces al día a la cima del cerro. Allí desayunaban, allí almorzaban, y también allí comían. Desde allí gritaron las consignas que unas semanas después lograron detener el proyecto.



Ahora mismo Carlos E., ya experto en estas luchas, se enfrenta a una nueva batalla ecológica. El gobierno de Medellín decidió abrir la diagonal 51 para descongestionar a Colombia. De esa manera, un gran flujo vehicular entrará al barrio, justo por donde hace poco existían

árboles y césped porque ya los obreros los cambiaron por cemento. Pero, una noche cuando los obreros ya se habían ido, los vecinos, construyeron jardineras y sembraron nuevos árboles sobre el cemento. Nada se ha resuelto sobre la obra, y los árboles siguen creciendo. Esa capacidad de reacción de la comunidad se debe, en parte, a que ha crecido como si fuera un pequeño pueblo dentro de una gran ciudad. Carlos E., dicen sus habitantes, funciona con alcaldesa propia. Susana Posada ha sido durante dos años la “primera autoridad” del barrio, elegida por la junta directiva de copropietarios que a su vez es elegida por la asamblea general.

Este sistema de elección y de cargos que parece complejo y aburridor –también funcionan administrador, revisor fiscal y varias comisiones y comités– ha sido efectivo para garantizar la convivencia y forjar una identidad particular de quienes crecen en Carlos E. La vida de todos allí está ligada a respetar los derechos de los demás y a disfrutar de los suyos

que pasan de la libre utilización de prados y parques, al placer que produce tener ahí cerca la Biblioteca Pública Piloto –que era en el comienzo la solitaria habitante de esas tierras– el Museo de Arte Moderno, y las tabernas y tertuliaderos que fueron apareciendo para prolongar las noches de charla y bohemia.

Cuando empieza a oscurecer, las mujeres regresan en taxis, los señores –con la corbata suelta– parquean sus carros, y los muchachos acompañados de sus amigos de universidad se resisten a entrar en la casa. Para ellos, y para quienes llegan de otros lugares de la ciudad a disfrutar de una buena cerveza, está la noche. Muchos amaneceres se reciben en Carlos E., al pie de un árbol o en la puerta de un bar. A veces, cuando los petirrojos despiertan, todavía se escucha una guitarra vibrando al fondo.

Con datos de **María Claudia Mejía**

Octubre de 1996

Valiente gracia